

JOSÉ MANYANET, UN CORAZÓN DE PADRE ¡ 100 AÑOS AL SERVICIO DE LA FAMILIA!

1. ¡Si el mundo fuera una familia!

Sin duda hemos soñado muchas veces con un mundo de fraternidad entre todos los hombres y de armonía con la naturaleza. Un mundo en el que superadas las divisiones, los odios y las injusticias podamos vivir en paz, asumiendo la diversidad histórica y cultural como un valor enriquecedor. Un mundo en el que se pudieran derribar los muros de separación y de injusticia que las diferencias económicas, sociales e incluso religiosas levantan entre los hombres constituyendo barreras a veces infranqueables; un mundo en el que se lanzaran puentes efectivos de solidaridad entre el abismo del Norte y el Sur y se reconocieran las pertenencias e identidades diferentes. Un mundo en el que las familias pudieran vivir dignamente, en permanente diálogo y unidad entre todos sus miembros. Un mundo en el que no se traicionara la verdad sobre el hombre y su dignidad profunda y la educación integral para todos fuera la gran apuesta de futuro... Y quizás, no solo hemos soñado ese mundo, también hemos intentado hacerlo realidad en el ámbito más cercano de nuestra vida y nuestras relaciones, convencidos de que los más grandes sueños empiezan siempre su realización en el propio corazón y en el entorno más inmediato de la experiencia cívica. Una gota de agua es importante, aunque en su humildad no lo parezca y la contemplación del océano inmenso nos invite a ignorarla; una semilla pequeña, como la de parábola del evangelio, puede convertirse en un hermoso árbol bajo cuya sombra encuentra descanso y serenidad el hombre...Es un hermoso sueño, nacido de la tierra, que podría ser una, aun más hermosa, realidad en el ideal y el esfuerzo de cada comunidad humana.

2. Dios lo pensó así

Dios, ese misterio de comunión que nos fascina y desborda y, al mismo tiempo, nos es tan íntimo y cercano como el propio corazón, no solo pensó ese sueño; también lo realizó. "Y vio Dios que todo era bueno" nos recuerda el libro del Génesis cuando se concluyó la obra de la creación. Dios en su realidad más íntima no puede ser sino amor que se da, por eso, desde la actitud creyente, puro don y gracia, nos atrevemos a decir que "Dios es Padre, Hijo y Espíritu, que Dios es familia", "comunión" en su realidad más íntima, Amor. Paseaba por el jardín al atardecer, nos recuerda el Génesis, para dialogar con el hombre y la naturaleza, salidos de sus manos. La ruptura de la comunión, la siempre nueva tentación de ser como Dios, lleva al hombre a romper la armonía originaria con Dios, con el hermano, con la naturaleza... Sin embargo, Dios, fiel a su voluntad salvadora del hombre, actúa como padre y como madre en su manifestación revelación al hombre, plena, total y definitiva en su hijo Jesús de Nazaret. Acercarnos a esta verdad de Dios, que nos creó "a su imagen y semejanza", partícipes de su ser y de su belleza, ha de abrir nuestro corazón y el horizonte de nuestra vida a todos los hombres, nuestros hermanos, ha de llevarnos desde el abrazo inmenso del amor de Dios a proclamar a los hombres el designio salvador y liberador de Dios para todos, mostrando así la esperanza a un mundo tantas veces lejano de su destino.

3. Jesús nació y se formó en la familia de María y José

Jesús, nuestro "hermano mayor" es la respuesta de la voluntad salvadora de Dios para el hombre. Se encarnó, asumió la historia, la vida, desde la realidad más humana e indefensa y aprendió a madurar y crecer en la convivencia diaria con María y José en Nazaret. De este modo nos enseñó que es en lo concreto de la vida ordinaria, donde se establecen las relaciones personales más íntimas y profundas, donde se experimenta el camino de espiritualidad, se responde a la voluntad del Padre y se va trazando el camino y el sentido de la vida. Nuestra propia historia asumida con naturalidad, vivida en la cotidianidad, santificada en el día a día, es el reto para vivir nuestra unión con Jesús, "camino, verdad y vida" y llegar a la santidad. La filiación es la identidad que nos hermana con todos los hombres y el peldaño en la construcción de una fraternidad universal soñada por todos, que ha de empezar con signos concretos de compartir, valorar y respetar al otro.

4. José Manyanet experimentó la orfandad para ser padre

José Manyanet (1833-1901) vivió en su historia personal, ya desde los inicios de la misma, esta presencia paternal de Dios y la filiación divina. Todas las vivencias de su ambiente familiar y de su formación durante el siglo XIX le llevaron, desde la devoción a la Virgen de Valdeflors, patrona de su ciudad natal, Tremp, y a san José, a la intimidad del hogar de Nazaret, lugar por excelencia de la presencia divina, en la que se sintió acogido. Su vida fue una respuesta a la llamada personal de Dios manifestada en la entrega total, feliz a las familias y los jóvenes. Vivió la experiencia de orfandad humana, pero no divina, pues su madre había puesto en su corazón el amor confiado en un Dios que se manifiesta sobre todo como Padre misericordioso y que actúa providencialmente en los caminos de la vida, a veces, desconocidos por nosotros. Cultivó ya desde joven una profunda vida interior, hecha también de silencio, que le fue llevando poco a poco a la contemplación del misterio de Nazaret. Allí descubrió la familia, la escuela y la motivación de su apostolado, el ideal para su propia vida, de las comunidades religiosas que fundó y de las familias a las que quiso dirigir todo su esfuerzo apostólico. Así vivió el sentido profundo de su vida, entrega, vocación y apostolado en la iglesia y en la sociedad.

5. La obra: una familia para las familias

Todo su impulso evangelizador, cristalizó, tras no pocas dificultades de todo orden, en la fundación de comunidades religiosas entregadas a ser y vivir como una familia para las familias, dedicándose a ella como tarea prioritaria, viviendo, experimentando el ser hijos, testigos y apóstoles alegres del evangelio de Nazaret, desde una actitud contemplativa en la acción, nacida de la experiencia del encuentro diario con Jesús, María y José. Trabajando continuamente para la gloria de Dios y el bien del prójimo, la educación cristiana de los jóvenes en contacto con la realidad de sus familias y de la cultura y la sociedad, con la preparación acorde a los tiempos, confiando siempre en

la providencia divina. Respondía así a un don de Dios y a un compromiso real con la Iglesia y la sociedad. Esta es la obra que continúa en la historia fiel a sus raíces carismáticas y apostólicas, pero que debe renovarse siempre para mirar el futuro de las familias y la sociedad con realismo y confianza y un dinamismo creativo capaz de ser significativo para los hombres y mujeres de hoy.

6. En la sociedad civil y en la Iglesia

El mundo pide hoy a la Iglesia más que la palabra el ejemplo de la vida Viviendo en el mundo siendo testigos alegres de la presencia salvadora de Jesús en medio de los hombres, ofreciendo unos ideales y viviendo una esperanza, auténtico motor de la vida de fe y horizonte de los valores evangélicos, dadores de sentido, en la sociedad. Por esta razón la familia manyanetiana no puede cerrarse en si misma, debe estar abierta a la sociedad y a la Iglesia, con la confianza de saber que tiene una palabra significativa que decir, un mensaje de humanización centrado sobre todo en la defensa de la familia, de la dignidad inviolable de la persona humana, de la vida en todas sus manifestaciones y de los valores religiosos, culturales y sociales que la configuran una sociedad intercultural y global como la nuestra; promoviendo respuestas nuevas ante el dinamismo y la continua evolución de este núcleo esencial para la convivencia y el desarrollo humano que es la familia.

7. Educando para formar familias

Haciéndolo principalmente mediante el arte de la educación. Educar es siempre el gran reto de sacar del interior lo mejor de uno mismo y potenciarlo desde una actitud radical de apertura al misterio de Dios, de la vida desde el deseo de conocer, encontrar, amar, entrega como aprendizaje y plenitud del ser, en la dinámica del servicio a la verdad... Siempre estamos en tensión hacia el ser más y esta búsqueda que caracteriza el sentido más profundo del hombre debe estar en la base del desarrollo tecnológico que caracteriza nuestra época. Cultivando el corazón, la afectividad, los sentimientos y la dimensión relacional de la persona, pues sigue siendo tan urgente como el desarrollo intelectual, si queremos formar personas maduras y equilibradas, capaces de asumir compromisos y de responder positivamente, desde la libertad, a los valores que piden ser realizados. Un humanismo integral que desarrolla la dimensión espiritual del hombre y le da raíces profundas y alas para vivir la libertad plena. Siempre quedará la familia como el lugar donde el hombre es amado por sí mismo.

8. Dios te necesita para construir familia

En este proyecto todos somos necesarios y todos podemos aportar nuestras capacidades, virtudes, tiempo, disponibilidad, en el mosaico de diversidad que es un enriquecimiento mutuo.

Nuestras manos son las manos de Dios para acariciar, amar, abrazar; nuestro corazón el reflejo del corazón inmenso de Dios en el que caben todos, nuestra familia el espacio de la presencia de la gratuidad en el que cada uno es amado y respetado por lo que es... Frente a los elementos disgregadores de la familia y los modelos de comportamiento fundados en el hedonismo y la búsqueda de satisfacción como valor absoluto, tenemos el desafío de vivir una vida alternativa a los valores imperantes en la sociedad. Frente a la división e incapacidad de mantener vínculos y compromisos estables, nacidos del amor, podemos mostrar que, con la gracia de Dios, es posible la fidelidad para siempre y vale la pena el sacrificio de la vida, el tiempo, por los demás, para construir espacios de unión y esperanza... Todos somos necesarios en este proyecto; es un ideal por el que vale la pena sacrificarse, ¡seguro!

9. Familias que se reconocen en nuestra familia

La espiritualidad de Nazaret es un camino y una experiencia abierta a toda la familia (abuelos, padres, hijos) y a todas las familias. Es una espiritualidad encarnada, desde el modelo original que es la Sagrada Familia, Jesús, María y José, en la realidad familiar de hoy. Esta experiencia espiritual, personal y familiar, no se agota en el marco de la propia familia, debe salir al encuentro de otras familias para compartir la vida, celebrar la fe en el ámbito de la propia comunidad, comprometerse con la defensa de los valores evangélicos de la solidaridad efectiva con todas las familias, acogiendo la vida, acompañando en los diferentes momentos de la existencia, ayudando a las familias con enfermos, impedidos, problemas económicos..., siendo una gran movimiento de esperanza en la sociedad del futuro. Que el futuro de la humanidad pasa por la familia no es solo un eslogan, sino un fundamento sólido que la realidad de la sociedad nos recuerda...

10. ¡Un Nazaret en cada hogar!

¡El sueño es posible!. No es una evasión ni un refugio de la realidad, si empieza en tu corazón, sigue en tu familia y comunidad y se abre al mundo de los hombres tus hermanos. Todo sueño para no desvanecerse como el humo nace como horizonte de sentido de todo aquello que se vive, se hace o se proyecta en la vida. Si somos creados a imagen y semejanza de Dios, nuestro esfuerzo es intentar, desde la realidad de la propia vida y mirando a aquellos que nos han precedido en el esfuerzo, intentar acercarnos a esa santidad que se hace fraternidad. Cada familia, persona, comunidad, puede vivir con su estilo propio, nuevo ese sueño de amor. No hay caminos iguales, hay una dirección común y ésta no puede ser sino el amor. Solo el amor salva al hombre. Sólo esta experiencia profunda responde a los anhelos profundos del corazón humano...